

SAN FRANCISCO Y LA HUMILDAD



San Francisco de Asís se abrazó voluntariamente á la humildad y á la pobreza, y desde entonces, el que antes era oscuro hijo de un mercader, se engrandeció y sublimó hasta el punto de convertirse en una de las columnas que habían de sostener en pié los muros de la basílica de San Juan de Letrán, según una piadosa y simbólica visión que tuvo por aquellos tiempos el glorioso Pontífice Inocencio III.

Pululaban á la sazón sectas heréticas y comunistas que, so color de abandono y desprecio de las riquezas temporales, seducían á muchos espíritus sencillos que no veían la soberbia satánica que bajo aquella capa de perfección permanecía oculta, y Francisco, providencialmente designado por Dios para dar al mundo el sublime espectáculo de un verdadero pobre por Cristo, puso de manifiesto lo torcido y pernicioso del intento de las sectas, movidas por el ódio á los grandes y privilegiados, y no por el amor á los pequeños y desvalidos; anhelosas de resucitar el orgullo de los cínicos y la fría austeridad de los estóicos, no la caridad dulce, generosa, comunicativa y bienhechora de los discípulos é imitadores del Redentor de los hombres, Jesucristo Señor nuestro.

Por eso la humildad que predicaba San Francisco de Asís no pretendía rebajar á nadie, ni degradarle, ni menoscabar su dignidad. La humildad de San Francisco es la confesión sincera de la verdad, no velada ni enturbiada por las nieblas engañosas del amor propio. «Cuanto uno vale á los ojos de Dios, aquello es, y nada más», dice el bienaventurado Penitente de Asís, contestando así en profecía á ciertos pseudo-racionalistas modernos que pretendían demostrar que el Catolicismo se opone á la alteza y dignidad del hombre, cuando

solo nuestra Religión divina es la que lo ha rehabilitado y engrandecido hasta el punto de convertirlo en hermano del mismo Dios, que tomó nuestra mísera carne mortal por salvarnos y redimirnos de la abyección del pecado.

Y tan sincera y tan grande y maravillosa fué la humildad del benditísimo Santo de Asís, que ni siquiera quiso ser admitido á la ordenación sacerdotal, porque entendía, en su arrobadora sencillez, que la dignidad de Ministro del Señor y de dispensador de los tesoros de la gracia, era superior á sus fuerzas y merecimientos y á las virtudes con que pródigamente le había enriquecido la amorosa Providencia de Dios, dispuesta siempre á inundar con sus dones las almas que libre y espontáneamente corren por los senderos de la perfección cristiana, con impulso mayor y más impetuoso que el del viento que hunde las naves en la mar.

Y porque fué humilde, fué San Francisco grande entre los grandes, y adquirió la más gloriosa y dilatada de las popularidades, la popularidad de los Santos, la cual, como discretamente observa el ilustre Montalembert en esa joya de la piedad y de las letras, que se denomina *Historia de Santa Isabel, Reina de Hungría*, es la popularidad de la plegaria, y se basa en la reconsideración, en el respeto y en el amor de los que sufren, de los que lloran, de los que han menester de la intercesión de algún poderoso mediador para dirigirse á Dios y pedirle el alivio de los males que les afligen. ¿Y quién será osado á negar que son los más los que sufren, y que el primer pan del hombre, como advierte el mismo Montalembert, es el dolor, y su primera necesidad el consuelo?

Cuando uno sufre, cuando uno se halla oprimido por angustias, al parecer incurables, cuando ve que ante sí se cierran todos los horizontes y la vida no le ofrece más que espinas y abrojos, no acudirá en busca de consuelo á los que le hablan en nombre de una filosofía puramente humana, impotente para poner remedio á esas grandes crisis del espíritu, sino que llamará en su auxilio, y con todas las fuerzas de su corazón, á los seres privilegiados que supieron hacerse dignos de los favores de Dios y con voz que sale de lo íntimo del alma y se exhala como un suspiro, les dirá:

—*¡Y no te olvides del que gime triste
en este valle donde túgemiste!*»

San Francisco cegó las fuentes del odio, porque ahogó en sí hasta el germen de la soberbia, y abrió y derramó por el mando los tesoros

del amor, porque puso á la humildad por base y fundamento de todas sus obras. Y como era tan soberanamente humilde y no necesitaba nada para sí, lo buscaba todo para los demás, y por ellos se sacrificaba gustosísimo, siendo dechado y ejemplo elocuentísimo de cuán admirablemente sabe hermanar el Catolicismo la grandeza solemne y maravillosa de las empresas con la pequeñez humilde y obscura de los llamados á ejecutarlas.

Y esta escuela de humildad y amor, de que San Francisco fué maestro insuperable, produjo varones de tan altas y singulares dotes como el seráfico doctor San Buenaventura, cuya es aquella doctrina tan dulce y consoladora, tan modesta, al parecer, y, sin embargo, tan profunda y tan sabia que, contestando á las objeciones que pueden hacerse contra las sobrehumanas luces, que en determinadas ocasiones adquieren ciertas inteligencias, de suyo pobres y poco ilustradas, manifiesta que quien quiera saber cómo pueden verificarse estos estupendos prodigios, debe interrogar á la gracia y no á la ciencia; al deseo y no al pensamiento; al gemido de la plegaria y no al estudio de los libros; al esposo y no al maestro; á Dios y no al hombre. Y es que la sabiduría de San Buenaventura, como la de Raimundo Lulio, como la de todos los grandes pensadores de la escuela franciscana, fué sabiduría de amor, y no se contentó con el esteril conocimiento de Dios, sino que quiso amarle.

CARMELO DE ECHEGARAY.

